DEL IDEAL ESTETICO A LA ALUSION PATRIOTICA EN LA POESIA SORPRENDIDA

POR

OTTO OLIVERA

Tulane University

Cuando *La Poesía Sorprendida* (1943-1947) empezó a publicarse, en octubre de 1943, el mundo se debatía en la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial. Como indica Alberto Baeza Flores:

Mientras en Europa, en Asia, en Africa, en las islas de Oceanía, se combatía por los derechos humanos, en nuestra América esos derechos eran generalmente pisoteados...¹

En efecto, la República Dominicana, en particular, sufría desde hacía trece años bajo uno de los peores déspotas aparecidos hasta entonces en el continente, Rafael Leónidas Trujillo. Y Santo Domingo, la ciudad más antigua del hemisferio, se llamaba entonces Ciudad Trujillo.

Los escritores que durante poco más de cuatro años publicaron la revista se habían agrupado en una aspiración de superación intelectual y humana, como para escapar de las miasmas de la ergástula nacional y, acaso, internacional². Hastiados de gastados patriotismos de carácter político y cultural, tienden a evitar el nacionalismo superficial y el lirismo evidente, para salir en busca de modalidades literarias de mayor hermetismo y profundidad, con frecuencia afines al surrealismo³. Como con-

¹ *La poesía dominicana en el siglo XX*, II (Santiago, R. D.: UCMM, 1977), p. 449.

² Entre los primeros dirigentes de la revista se cuentan Alberto Baeza Flores, Franklin Mieses Burgos, Mariano Lebrón Saviñón, Freddy Gatón Arce y Eugenio Fernández Granell. A partir del número VIII, 1944, se sustituye a Lebrón Saviñón por Rafael Américo Henríquez, y en el número IX, 1944, se añade Antonio Fernández Spencer. Con el número XVIII, 1946, desaparecen los nombres de Gatón Arce y Fernández Granell, aunque aquél reaparece en el número XXI, 1947.

³ Debe advertirse que no se desprecia la expresión nacional de valor cultural por ser popular. Recuérdese el entusiasmo con que se acogen las investigaciones en la

secuencia, la revista dará cabida en sus páginas a artistas y escritores extranjeros en lo que va a constituir una constante corriente de aire fresco en la atmósfera estética del país. Un aspecto de particular importancia en estos primeros años de la década del cuarenta, que viene a reforzar esa más distante presencia extranjera, es el constante interés de los sorprendidos por aproximarse a las raíces hispanas de su cultura. Incrementado acaso ese interés por la guerra civil española, y especialmente por la residencia en la República de un buen número de intelectuales españoles exiliados⁴, recibe, sin duda, un nuevo estímulo con la visita de Pedro Salinas, a mediados de 1944. Es evidente que la visita de Salinas tiene el doble efecto de alentar esfuerzos creadores y renovar la fe en los altos valores del espíritu⁵. En el número IX, de junio de 1944, se menciona su presencia con «especial regocijo», y si se exalta su «hondo y alto aporte a la poesía universal contemporánea», también se le ve como «creador en la libertad y la vocativa pasión de ella». La admiración por los intelectuales emigrados y su significación histórica se va a sintetizar en los términos siguientes:

Esta gloriosa emigración española leal, presente ahora en cuerpo cierto, y completando su espíritu anterior, es semilla de sangre y tragedia, y tenemos fe que en el surco americano germinará una mayor luz de hondura que nos falta y servirá para unir, de manera imborrable, lo que siempre estuvo unido a los ojos de los más sensibles y puros...

Más adelante, con evidente entusiasmo, que parece superar lo estrictamente literario y cultural, se añadirá:

La fructífera permanencia de Salinas no hizo otra cosa que renovar la fe en el corazón eterno y el destino de nuestra España, en la crea-

isla del folklorista doctor Ralph Boggs: «Recoger nuestro folklore es hacer también nuestra patria» (IX, junio 1944); «si nuestra poesía busca su copa, no tiene por qué olvidar raíces como ésta...» (XI, agosto 1944). Sí niegan valores a lo que llaman «poesía de geografía económica o de editorial», para añadir: «La poesía comarcal, de villorio, casera, de Vicente Medina, Emilio Ferrari, Gabriel y Galán y sus cultivadores, no es la España lírica mejor de su tiempo y lo son Bécquer, Rosalía de Castro y la generación del 98 que se niegan a lo fácil e inmediato...» (XI, agosto 1944).

⁴ Entre los intelectuales exiliados más identificados con la revista se hallan Enrique Casal Chapí, Eugenio Fernández Granell y Vicente Lloréns. Sobre la emigración española a Santo Domingo, véase, de Vicente Lloréns, *Memorias de una emigración. Santo Domingo, 1939-1945* (Barcelona: Editorial Ariel, 1975).

⁵ Al comentarse la presencia de Salinas, se dice: «Clásico por su sentido humano actual, permanente y profundamente vivo, nos dio doble o triple lección que cada día se nos presentará como más necesaria y estimada» («Pedro Salinas», IX, junio 1944). Las citas siguientes de la revista se incluirán en el texto.

ción, en nuestro idioma y en la permanente victoria del espíritu (por sobre tropiezos, postergaciones o renunciaciones), como la única victoria posible de este hombre universal profundo, en su centro más hondo, reintegrado a sí con todas sus libres virtudes que deseamos y buscamos en poesía y vida (IX, junio 1944).

Como bien observa años más tarde Freddy Gatón Arce, uno de los fundadores de la revista, «si se particularizaba un afecto hacia el laborioso grupo de españoles republicanos leales era porque se rechazaba al bando contrario, la tiranía franquista, tan semejante en sus recovecos al trujillato»⁶.

La más inmediata y evidente floración de esos vínculos culturales y espirituales será la creación de la sección «Pasado del Presente», cuyo título fue sugerido por Salinas⁷. Dedicada a la divulgación «de lo mejor del pasado español en que nos afirmamos», esta sección se inicia en el número siguiente con pensamientos de San Juan de la Cruz tomados de «Avisos y sentencias espirituales» y «Cartas espirituales» (X, julio 1944). A continuación irán apareciendo composiciones de los siglos XVI y XVII bajo la denominación de «Cinco sueños», entre cuyos autores más conocidos se cuentan Francisco de Terrazas y Fernando de Herrera (XII, septiembre 1944); selecciones de la *Historia general de las Indias*, de López de Gómara, y del diálogo «Dédalo y Polites», de Bartolomé Leonardo de Argensola (XV, junio-julio 1945); fragmentos de Garcilaso y Francisco de la Torre (XVI, agosto-diciembre 1945), de Lope de Vega y Luis de Góngora (XVII, enero-abril 1946), de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, de Pedro Henríquez Ureña, recién fallecido entonces (XVIII, mayo-agosto 1946); dos sonetos a la rosa de Lope de Vega (XIX, septiembre-diciembre 1946); algunos versos del «Canto de otoño», de José Martí (XX, enero-marzo 1947), y dos sonetos de Garcilaso (XXI, abril-mayo 1947), en el último número de la revista.

Las palabras iniciales que siguen, como presentación de la serie a los pensamientos de San Juan de la Cruz, son de particular interés, no sólo como motivo para exponer ese doble impacto estético y espiritual —cívico— del acercamiento a la mejor tradición española, sino porque también valen para revelar las preferencias por una poesía en profundidad, de elaborada y depurada expresión, en trayectoria semejante con la de los poetas cubanos que inician sus revistas literarias con *Verbum* (1937) para llegar a su culminación con *Órigenes* (1944-1956).

⁶ «Número, citas y etcéteras de *La Poesía Sorprendida*», en Manuel Rueda y Lupo Hernández Rueda, *Antología panorámica de la poesía dominicana contemporánea (1917-1962)* (Santiago: UCMM, 1972), p. 455.

⁷ «Pasado del presente» (X, julio 1944).

De analizarse con mayor detenimiento esas palabras introductorias a la serie, es inevitable concluir que son todo un programa literario y ético que no hace sino reafirmar postulados anteriores de la revista, en particular los que aparecen al frente del primer número (octubre 1943), titulados «Apasionado destino» y firmados por Alberto Baeza Flores. Bien puede decirse que tanto aquel número como este de julio de 1944 que anuncia la serie resultan ser un manifiesto intelectual, ya que no podía haberlo político, de oposición al régimen de Trujillo. En él los sorprendidos se consideraban una minoría orientadora, comprometida al rescate de los verdaderos valores literarios y nacionales desvirtuados en aquellos años por regímenes totalitarios de derecha o izquierda y —habría hoy que añadir— en la República Dominicana por la tiranía imperante.

Baeza Flores, en su indispensable *La poesía dominicana del siglo XX*, dirá:

Todo había sido sometido al control y a la maquinaria socioeconómica y política del Generalísimo Trujillo. No era fácil ni resistir ni negarse. Hacerlo podía conllevar el riesgo físico. Como en todo sistema de control total, el margen para una oposición —que debía ser siempre extremadamente cautelosa y no pocas veces disimulada— era bastante reducido. Quedaban algunos leves resquicios en algunos medios de comunicación colectiva, donde la posible oposición tenía que ser un tanto alegórica y recurrir a símbolos o a una escritura entrelineada.

... ..
Para terminar de cerrar con llave maestra esta táctica del control de los elementos culturales, aparecieron un día los *Cuadernos Dominicanos de Cultura*, que anunciaron la centralización de la cultura.

... ..
Fue entonces que nos reunimos cinco para oponer una oposición abierta al mundo, a la creación más libre y con la más amplia apertura hacia los más jóvenes, hacia los escritores de las nuevas promociones. Convinimos algunos puntos programáticos... Afirmamos la creencia en una poesía nacional nutrida de la universal como la mejor manera de ser propia. Expusimos nuestra fe en una creación sin límites, sin fronteras y permanente (II, 450-451).

Aunque Baeza Flores se refiere posteriormente a otros muchos aspectos de esa oposición al régimen, deben mencionarse con mayor precisión los puntos de contacto entre el anuncio de la serie y los postulados de la revista —particularmente en el número inicial— para mostrar la sorprendente claridad del programa esbozado y, al mismo tiempo, su transparente cobertura de actividad intelectual.

De hacerse una especie de simbiosis de ambos artículos se vería a la poesía como punto de partida que siempre conduce al hombre (AD), y

como «símbolo de intimidad, de humanidad de adentro (PdP), que en términos semejantes es escondida, interior y grande esperanza» (AD), donde «el poeta triunfa siempre de todas las tinieblas del mundo y de los mundos, sin esquivarlos sino penetrándolos» (PdP). Pero a la poesía se le reconoce también beligerancia en «un planeta sordo» que la necesita (AD). De modo que «es entonces un arma, menos evidente, gráfica o corpórea, pero con una fuerza capaz de desbaratar esas mismas armas reales, porque sigue siendo la apetencia del hombre de un mundo de belleza y de verdad interior» (AD).

Si en los comienzos se va del «hombre profundo ... a esa universalidad hermosa del hombre universal» (AD), más tarde se aclara que entre los fines perseguidos se intenta «dar una nueva inquietud —esta vez en profundidad— a nuestro ambiente poético y cultural dominicano trayendo el aire de una poesía y una expresión más universal —y por lo mismo más espiritual— como única manera de crear una nacionalidad más profunda en sensibilidad universalizada» (PdP). En probable alusión a falsos y violentos nacionalismos favorecidos por regímenes de fuerza, se insiste «en la necesidad de tomar sobre nuestro hoy el ayer, ... de estar con lo clásico de siempre, entendiendo el pasado del hoy ... y todos los ríos, vetas y venas que nos nutren», reiterándose la obligación inevitable «de una dinámica —revisión— frente a la herencia verdadera», es decir, «unión del verdadero ayer al verdadero hoy» (PdP). Esta ha sido, en fin, la labor de la revista «desde la minoría, desde la selección y el rigor depurativo» como tarea de orientación «que por incapacidad, por invalidez o por torceduras evidentes no han podido hacer otros» (PdP)⁸.

Si, en términos generales, puede considerarse lo anterior como una síntesis ideológica, algo más que manifiesto literario, de *La Poesía Sorprendida*, los diversos aspectos de esos lineamientos se evidencian, en una forma u otra, durante la vida de la revista.

En el lema de la publicación, «Poesía con el hombre universal», se hallan los componentes fundamentales que se han de repetir con frecuencia, lo universal tanto en la producción poética como en su creador, el poeta. El mundo de la literatura exterior comienza a manifestarse desde el primer número en traducciones o versiones, principalmente de poetas franceses, aunque habrá también ingleses, estadounidenses, catalanes y egipcios. Pronto se añadirán artistas y escritores españoles y latinoameri-

⁸ En esta combinación de los lineamientos de ambos artículos predomina evidentemente lo dicho en «Pasado del presente», porque en sí esta introducción a la serie ofrece una exposición más detallada que la de «Apasionado destino». De más está aclarar que las citas se han identificado con las iniciales PdP y AD, respectivamente.

canos, entre quienes no faltarán poetas haitianos, hasta que se inicia la serie «Pasado del Presente», en la que predominan, naturalmente, los españoles. En el primer aniversario de la revista se intentó publicar un número «en el cual estuviera representada la poesía de los diversos continentes» (XIII, octubre-diciembre 1944); pero debido a dificultades económicas aparecieron sólo trabajos de poetas hispanoamericanos. Se hizo entonces la promesa de continuar con versiones poéticas de la América no española y de Europa, Asia, Africa y Oceanía. De nuevo exigencias económicas hicieron que este proyecto se cumpliera sólo en parte, con la publicación de una poesía turca y algunas versiones chinas de Juan Marín, a las que se agregaron comentarios sobre poesía egipcia y china (XIV, mayo 1945). En los números siguientes se continuó con comentarios sobre poesía colombiana, estadounidense (XV), afroantillana y peruana (XVI), al mismo tiempo que se ofrecían selecciones de Costa Rica, el Perú, el Salvador, Cuba, Francia, Inglaterra y Puerto Rico entre los números XVI (agosto-diciembre 1945) y XXI (abril-mayo 1947).

La visita de André Breton, comentada en el número XVII (enero-abril 1946), como la de Salinas en 1944, será un gran momento de exultación literaria y estímulo creador⁹. También servirá para que los editores de la revista recuerden la influencia beneficiosa de la cultura francesa en Hispanoamérica y señalen el aprecio de su labor por personalidades extranjeras, en contraste con la indiferencia local.

Cabe señalar tres manifestaciones de particular interés, que sirven, sin duda, como confirmación histórica de esa conjunción de lo universal con lo nacional, si bien con énfasis especial en el tema de las raíces culturales. La primera aparece en relación con el Premio Nobel otorgado a Gabriela Mistral. En ella se van a mencionar, entre otras características de la poetisa, su ardorosa adhesión al principio de «hermandad de los pueblos» y, muy especialmente, su lírica expresión «de intención americana y raíz española» (XVI, agosto-diciembre 1945). Caso semejante será el comentario titulado «Vigencia de Rubén Darío», donde, tras una síntesis apretada de la personalidad poética del nicaragüense, se destacan su volver a la tradición para «inaugurar lo nuevo en la poesía», y se acentúa el hecho de que «nunca se ciñó a lo geográfico, pues su patria espiritual fue el universo» (XVII, enero-abril 1946). Por último, en homenaje a Pedro Henríquez Ureña, según se ha indicado, muerto recientemente, se incluye una selección de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*

⁹ También lo serán, en distintas ocasiones, las visitas de otros intelectuales como Pedro de Alba, José María Chacón y Calvo y Medardo Vitier en el primer aniversario de la República (VI, marzo 1944).

como parte de «Pasado del Presente». Con el título de «Tradición y rebelión», esa selección trata del error moderno implícito en criollismos o en nacionalismos extremos, recordándose los ejemplos opuestos del mundo romano, medieval, renacentista y dieciochesco, que llevarán «a la expresión del espíritu nacional ... a través de fórmulas internacionales» (XVII, mayo-agosto 1946).

En su anhelo de modernidad y selección estética, en su preocupación por evitar la anquilosada circunstancia nacional —política y cultural—, los sorprendidos demuestran, en ocasiones, una agresividad excesiva, y acaso injusta, contra escritores y movimientos dominicanos, tanto anteriores como contemporáneos. Si en sus comienzos parecen mantener relaciones cordiales con escritores como Pedro René Contín Aybar, Héctor Incháustegui Cabral y Domingo Moreno Jimenes, pronto diferencias de carácter estético e ideológico revelan un distanciamiento, bien evidente en las páginas de *La Poesía Sorprendida*¹⁰. En los números III, de diciembre de 1943, y V, de febrero de 1944, se informa sobre la lectura de poesías hechas por Contín Aybar e Incháustegui Cabral en las primeras tertulias literarias de la Casa de *La Poesía Sorprendida*¹¹. Pero, ya en los dos números siguientes, hay una crítica adversa a obras recientes de estos poetas¹². En lo que respecta a Incháustegui Cabral, se condena la contradicción entre sus primeras poesías, de intención honda y universal, y sus teorías posteriores, que se oponen a ellas por motivos prácticos o de conveniencia (VI, marzo 1944)). En cuanto a Contín Aybar, no sólo se censura su mal gusto en la preferencia de «simples versificadores» por sobre más sutiles poetas, sino también su confusión, que no distingue lo dominicano de lo universal en la poesía del país (VII, abril 1944). Seis números después (XIII, octubre-diciembre 1944), el ataque contra los dos poetas se reanuda con mayor acrimonia. Objeto de la crítica son, en esta ocasión, especialmente el ensayo de Incháustegui Cabral «Nacionalidad y literatura», otras manifestaciones suyas aparecidas en el periódico *La Nación*, de Ciudad Trujillo (2 de septiembre y 5 de diciembre de 1944) y la conferencia de Contín Aybar titulada «Cómo leer a nuestros poe-

¹⁰ No es necesario relatar aquí los diversos incidentes de ese rompimiento analizados por Baeza Flores en *La poesía dominicana en el siglo XX*, II, pp. 471-476.

¹¹ Así fue denominada la casa del poeta Franklin Mieses Burgos, escogida para las lecturas poéticas del grupo.

¹² Se trata de las obras siguientes: de Incháustegui Cabral, principalmente su libro de poesías *De vida temporal* (Ciudad Trujillo: La Opinión, 1944), y se alude sin duda a su ensayo «Nacionalidad y literatura», en *Cuadernos Dominicanos de Cultura* (febrero 1944); de Contín Aybar, su *Antología poética dominicana* (Santiago: Edit. El Diario, 1943).

tas»¹³. Aunque a estos escritores se les considera tanto retrasados en el desarrollo de la lírica moderna como resentidos contra los cultivadores de esa modernidad, lo característico del desacuerdo con ellos es que representa más que nada un encuentro ideológico con Incháustegui Cabral y una amplia divergencia sobre crítica literaria referente a Contín Aybar. En los comentarios sobre Incháustegui Cabral se vituperan también sus intentos de desacreditar a los poetas de la *La Poesía Sorprendida*, a quienes llama imitadores de tendencias foráneas, al mismo tiempo que se le atribuye una especie de aislamiento cultural bajo marbetes nacionalistas. En este sentido se le llega a imputar el haberse constituido en «punta de lanza de la reacción dominicana a las tendencias renovadoras de la poesía de su patria», actitud que se considera bien definida desde el comienzo de los *Cuadernos Dominicanos de Cultura*, en 1943¹⁴.

En el extenso comentario sobre la conferencia de Contín Aybar deben considerarse, por lo menos, tres aspectos fundamentales desde la perspectiva de los sorprendidos: lo que se ve como pretensiones extravagantes de dar normas de crítica y poética, la pobreza lírica del propio poeta conferenciante y sus erróneos, anticuados y rutinarios juicios críticos. Para nuestro propósito, este último aspecto es el de mayor interés, por delimitar nuevamente posiciones estéticas en el contexto de las letras dominicanas de la época. Al repetir Contín Aybar conceptos tradicionales sobre los tres dioses mayores de la poesía dominicana, provoca apasionada réplica de la revista. Para los escritores de este grupo, el conferenciante no es capaz de apreciar que a los nombres de Gastón Fernández Deligne, José Joaquín Pérez y Salomé Ureña de Henríquez se equiparan los de otros poetas románticos como Francisco Muñoz del Monte, Javier Angulo Guridi y César Nicolás Penson. Y como para justificar su opinión, invocan el testimonio de «un verdadero crítico», Pedro Henríquez Ureña, para quien los últimos poetas mencionados tienen «sentido, devenir y significado». Esta rectificación de lo que se tiene por rutinaria exaltación del pasado resulta un tanto vaga en sí. Pero la vaguedad se debe al hecho de que los sorprendidos reiteran entonces, de manera abreviada, ideas expuestas previamente. En efecto, meses antes, al referirse al retraso de la obra de Gastón Fernández Deligne, en relación con la poesía de

¹³ La conferencia fue pronunciada en el Ateneo de Ciudad Trujillo el 29 de noviembre de 1944 y publicada el mismo mes en *Cuadernos Dominicanos de Cultura*.

¹⁴ En contraste con estas acusaciones, Baeza Flores considera que tanto Incháustegui Cabral como el historiador Manuel A. Peña eran defensores de la revista en los círculos trujillistas. Véase *La poesía dominicana*, II, pp. 537 y 538. Sobre las relaciones y dificultades de Incháustegui Cabral con el régimen, léanse las páginas 234-236 y 239-241.

su época, se sintetizan claramente esas ideas, las que adquieren mayor precisión en las líneas que siguen:

Nosotros no estamos contra una herencia viva, es más, la buscamos y la destacamos donde la hallamos, pero estamos contra los que exhuman esta mala herencia poética muerta como si se tratara de herencia viva.

Es necesario juzgar a los llamados Dioses Mayores de la poesía dominicana con un criterio actual, vivo, permanente de poesía eterna... Frente a una herencia anquilosada y frente a estos llamados Dioses Mayores de la poesía dominicana —Salomé Ureña de Henríquez, José Joaquín Pérez, Gastón F. Deligne—, nosotros levantamos el aporte poético de Fabio Fiallo, Enrique Henríquez, Ricardo Pérez Alfonseca...¹⁵ que por primera vez enfrentan la poesía dominicana con un criterio poéticamente sensible y más eterno... Amamos una herencia en sentido y espíritu dinámico y estamos contra el falso concepto estático de ella.

Queremos que un trabajo crítico, serio y sensible enmiende equivocadas valoraciones y malos rumbos colocando la poesía en su sitio y con su herencia verdadera en la República¹⁶.

Tales intentos de revaloración crítica llevan también a un extenso artículo sobre el postumismo, tendencia que se reconoce como la más «próxima en el tiempo» a *La Poesía Sorprendida*¹⁷. Los varios aspectos negativos del postumismo bien pueden reducirse a tres:

1. Desorientación e ignorancia con respecto a las conquistas espirituales y artísticas del siglo, tanto en América como en el mundo occidental.
2. «Concepto externo de la poesía», es decir, atraso en la insistencia de dignificar o copiar la realidad de manera fotográfica.
3. Error de considerar la creación poética como algo improvisable

¹⁵ La impresión de este párrafo es algo defectuosa. Tras el nombre de Pérez Alfonseca parece haberse omitido a otro poeta, y hay ciertos errores tipográficos que sustituimos por puntos suspensivos.

¹⁶ «Sentido de la herencia» (VIII, mayo 1944). Otros juicios del conferenciante que se censuran son su incompreensión de la renovación modernista y su confusión al equiparar clásico con muerto y moderno con novel.

¹⁷ (XIV, mayo 1944). Bajo el título general de «Visiones y revisiones de *La Poesía Sorprendida*» se anuncia el estudio de diversas corrientes literarias, partiendo del postumismo y continuando con «Modernismo, Romanticismo y Precursores». En los párrafos iniciales se describe el postumismo como tendencia confusa, nebulosa y contradictoria que no puede considerarse una escuela por carecer de un sistema de novedades poéticas. Y en confirmación de este aserto se cita a Andrés Avelino, uno de los creadores del postumismo, cuando llama al movimiento «no una escuela de arte o tendencia artística, sino un movimiento espiritual».

y relajado en contraste con el cultivo, dedicación y vigilancia que requiere¹⁸.

En estos tres aspectos puede verse, en reverso, la ideología estética de la revista y, por tanto, sus preocupaciones, a saber: la ignorancia de la tradición cultural —local y mundial— que impide toda renovación; sus consecuencias, la caída en la estrechez y el aislamiento mental y nacional; y la despreocupación por la elevación artística en el empleo de un estilo descuidado¹⁹. En cierto sentido, los tres aspectos se funden en una especie de anhelo de salvación por la cultura. El mencionado lema de «Poesía en el hombre universal» traspasa, sin duda, los límites de la estética para abrirse en un amplio anhelo de libertad. Muchos pasajes de la revista bien lo revelan. En el estudio sobre el postumismo se indica el peligro implícito en la asociación de nacionalismos cerrados con regímenes totalitarios²⁰. Así lo demuestra la cita siguiente:

Frente a América, «la poesía sorprendida» conserva una actitud real ajena a toda falsa especulación o mesianismo inventado.

.....

Amamos demasiado lo que es para nosotros el destino de nuestra patria unido al de América y del mundo, para exacerbar un sentimiento que en el caso de Alemania la llevó al nazismo, en el de Italia al fascismo y en el de España al falangismo (XIV, mayo 1945)²¹.

¹⁸ Como aportes del postumismo se reconocen ciertos poemas de Moreno Jimenes, así como el estímulo que se ofreció a varios poetas. Igualmente se reconoce que, a pesar de vacilaciones y caídas, los postumistas cumplieron una misión dentro de sus grandes limitaciones y tienen un lugar en las letras dominicanas.

¹⁹ Antonio Fernández Spencer, uno de los poetas jóvenes del grupo, dirá años después: «El postumismo, frente a las corrientes poéticas de nuestra época, ha sido un movimiento reaccionario (explicable por el desconocimiento que de tales tenían sus directores más precipuos)... Si el postumismo llega a tener una significación importante en las letras dominicanas ha sido por la tensión polémica que ha suscitado y por haber descubierto como tema de la poesía el paisaje nacional» (*Nueva poesía dominicana* [Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1953], p. 23; véanse igualmente las pp. 18-22).

²⁰ Justo es aclarar que, a pesar de sus diferencias, Moreno Jimenes y los sorprendidos conservaron ciertas relaciones literarias, y que él mantuvo su independencia intelectual negándose a colaborar en *Cuadernos Dominicanos de Cultura* (Baeza Flores, *La poesía dominicana*, II, p. 538).

²¹ Como era de esperar, al mesianismo antiliberal y aislador se opone, en el mismo artículo, esa constante idea de las relaciones internacionales de la cultura: «Por mucho que amemos a América nunca el amor podrá llegar a un grado tan ciego, al punto que este creerlo todo y esperarlo todo en una América mesiánica parece más bien especulación que otra cosa... Cuando América tenga su hora y cree una nueva cultura, como creó en el pasado la suya indígena, lo hará como han creado la suya egipcios, griegos, árabes, chinos, indús en el pasado: con relaciones y mutuos con-

Si hubiera dudas sobre el significado de estos fragmentos, podría añadirse la «Aclaración» hecha poco más de un año antes en relación con un poema de Jacques Barón publicado en el mismo número de la revista:

Jacques Barón cita en su poema nombres supremos del surrealismo: Masson, Aragon, Leiris, Breton; cita también a Drieu La Rochelle. Se impone aclarar que todos aquéllos siguen *fieles al principio ineludible para toda creación artística, la total independencia del espíritu*. No así Drieu La Rochelle, quien en la Francia ocupada ha preferido aceptar el cargo de «responsable» ante los nazis de la N. R. F. ¡Triste destino que en nada afecta a Barón, naturalmente, sino sólo a quien ha consentido en semejante «honra»! (el subrayado es nuestro; VII, abril 1944) ²².

El interés por acentuar la lealtad de la mayoría surrealista a la causa de la libertad y de la independencia intelectual, al igual que el desprecio con que se trata al colaborador del nazismo, es harto significativo en la época de Trujillo. Bien puede decirse que los ataques a los totalitarismos europeos de la época son entonces casos manifiestos de alusión patriótica o liberal, como lo fueron en el siglo XIX los temas sobre griegos y polacos en las letras de Cuba, España y otros países ²³.

Una y otra vez es evidente en la revista la firme determinación de mantener vías de comunicación tanto con la «herencia viva» del pasado como con sus representantes, americanos o europeos, del presente. Mas es de especial importancia el reconocer que en tales aspiraciones convergen ideología y estética, en un desesperado esfuerzo de supervivencia bien asentado en la independencia del creador y de su obra. El peligro de mesianismos o extremismos nacionalistas que acaban por destruir la libertad artística (XIV, mayo 1944) y, su posible corolario, la colaboración del intelectual con esos movimientos, como en el caso de La Rochelle (VII, abril 1944), llegan a adquirir en la revista sentido local en la alusión al escritor que se somete por beneficios especiales. En dos ocasiones,

dicionamientos; como esta occidental ha sido creada: con herencias, influencias y condicionamientos de las otras (sedimentos).»

²² Tras la suspensión de la *Nouvelle Revue Française*, en 1940, Pierre Drieu La Rochelle (1893-1945) reanudó su publicación, como director, con el apoyo del Gobierno de Vichy y las autoridades nazis de ocupación. La liberación de Francia provocó su suicidio. Véase *From the N. R. F.* (New York: Farrar, Straus and Cudahy, 1958), p. 186. Caso semejante de colaborador se ilustra en la crítica velada a los *Cuadernos Dominicanos de Cultura* por emplear una de las ilustraciones de Ricardo Baroja, a quien se considera artista mediocre y «una de las figuras actuales del arte español en el territorio que domina Franco» (XI, agosto 1944).

²³ Según se ha indicado anteriormente, la alusión de carácter liberal se presenta también como identificación con los exiliados españoles republicanos.

por lo menos, se menciona esta situación. La primera es al citarse palabras de Pedro de Alba sobre *La Poesía Sorprendida*:

Me interesa la intención y la actitud de gentes que están enseñando a sus contemporáneos a pensar en términos de desinterés y preparando la mentalidad de la generación actual para que estimen ciertos valores que están más allá del éxito, la publicidad y el confort material, y luego me interesa su valentía para defender ciertos imponderables del espíritu que el vulgo no entiende, y me refiero al vulgo literario, que no es lo mismo que el pueblo, porque el pueblo casi siempre entiende (VI, marzo 1944).

Tales referencias a la integridad e independencia del intelectual, publicadas a menos de un año de iniciada la revista, alcanzan su mayor elaboración tres años después, cuando la publicación está a punto de desaparecer ante las presiones cada vez más intensas del régimen trujillista²⁴. Bajo el título de «Razón de eternidad» es entonces Antonio Fernández Spencer quien insiste en la crítica de quienes trafican con la palabra y el hombre:

Los que tomaron a la poesía como medio para conquistar falsas riquezas cotidianas no deseaban ganar un estilo, ni verdad, ni certidumbre. Amaban los puestos bien retribuidos —lujosamente pagados— de la vida. No tuvieron fe en la obra, sino fe en el éxito. Y en eso fueron más bien deportistas, atletas, pero no artistas. Poseyeron la fama y la ganancia del día. Pero perdieron la eternidad. Quedáronse sin almas, desposeídos de verdad, y sintieron sobre sus destinos lo falso de sus actitudes.

En cambio, nosotros amamos a la poesía en la justicia y en la esperanza. Creemos en la poesía como saber de salvación, y vemos en la justicia la ley de toda creación y de toda cultura. Pensamos que es la justicia el único camino de la esperanza. Ellos, sin embargo, sirven al poderío material, y nosotros, decididamente, al hombre en su verdad, en su creación y en su nobleza (XX, enero-marzo 1947)²⁵.

²⁴ La dictadura fue creando toda clase de obstáculos legales, políticos y económicos, incluso limitaciones al número de editores, censura de correspondencia y colaboraciones, presión a suscriptores, etc., hasta lograr el cese de la revista. Hay señales de todo esto en los números VIII (mayo 1944), XIII (octubre-diciembre 1944), XVI (agosto-diciembre 1945). Véase también Baeza Flores, *Poesía dominicana*, II, pp. 455, 512, 513 y 515.

²⁵ Otras invectivas semejantes contra la claudicación de los intelectuales podrían citarse. Baste mencionar «Visajes de cenizas», de Franklin Mieses Burgos, en cuyo párrafo final se lee: «¡No! ¡No! El poeta no debe escupir sobre sus cruces ni cambiar a sus muertos por jabones. Otro designio más alto y noble le persigue. Otro designio que no es por fortuna el de relacionar la solitaria obra de su espíritu con las exigen-

En el último número de la revista, las iniciales de Antonio Fernández Spencer también calzan una protesta final en el artículo «Poeta y soledad», donde se explica claramente que ante el predominio de «los adoradores de la fuerza» y la indiferencia circundante, la salvación del intelectual está en la soledad, el encierro y el hermetismo. Esta declaración, que a primera vista parece escapista y, aún peor, derrotista, no lo es tanto cuando, líneas más adelante, se declara enfáticamente la presencia acusatoria e indestructible de ese intelectual. Véanse las frases siguientes tomadas de los párrafos finales:

Vivimos, trágicamente, sin esperanzas, en una sociedad sin respuestas.

La voz del artista, sin embargo, clama. Clama en el desierto, pero clama.

... ..

Nadie puede, aunque se empeñe, borrar su presencia (XXI, abril-mayo 1947).

Y con ello se está de lleno ante la función, o el lugar, del creador en la sociedad. Ahora bien, como se habrá observado en páginas anteriores, durante toda la vida de *La Poesía Sorprendida* múltiples fueron las referencias, más o menos directas, a la misión del intelectual en un mundo enfermo y represivo. En toda esta temática francamente alusiva a la circunstancia nacional, un elemento fundamental será la mención y elogio del hombre ejemplar, cuya personalidad incluye las virtudes asociadas con la independencia del creador y, especialmente, su incorruptibilidad. Si en relación con el primer aspecto se traen a colación algunas figuras de reconocido prestigio internacional en las letras —Goethe, Rosalía de Castro, Paul Valéry, etc.—, al combinar ambos aspectos —talento e integridad— las saetas de la crítica se acercan mucho más al blanco insinuado o implícito. Este es el caso de los opositores de sistemas totalitarios, como André Breton y los surrealistas, ya citado en relación con el nazismo, y, en particular, el de los exiliados españoles y personalidades como Salinas y Juan Ramón Jiménez, símbolos de resistencia antifranquista. Por cauce semejante llegan los sorprendidos a la transparente alusión de sentido local, con el encomio de dos nombres ilustres de las letras dominicanas, Pedro Henríquez Ureña y Américo Lugo. Es innecesario recordar aquí que el primero en el extranjero y el segundo en la República Dominicana personifican la oposición a Trujillo, por negarse a establecer vínculos

cias del estómago... La vida y la poesía requieren del poeta una actitud aun cuando el arcángel de la muerte lo fulmine con el rayo de la soledad y el abandono más hon-do» (XIV, mayo 1945).

de ninguna clase con él, siendo lo que pudiera clasificarse como representantes de un exilio exterior e interior, respectivamente. La «ausencia» e incontaminación de ambos con respecto al dictador los convierte igualmente en símbolo alentador e irrefutable del vigor intelectual ante la opresión, y los comentarios que sobre ellos se hacen tienen que interpretarse así por los conocedores de la situación política dominicana. A Pedro Henríquez Ureña se le rinde homenaje póstumo cubriendo dos facetas de su personalidad creadora: la de su influencia cultural para la República Dominicana y América («Luminoso destino») y la de mentor de todo un continente («Ausencia de un creador»). Esta parte del homenaje, que se publica de manera especial en la primera página de la revista, comienza con la siguiente reveladora afirmación:

La muerte no es suficiente para agotar la vigencia de *los que han vivido de un modo ejemplar*.

Y termina considerando al autor como ejemplo y guía de las futuras juventudes del continente²⁶.

Mayor significación tiene, acaso, como exiliado interno del régimen trujillista, la figura de Américo Lugo. De él se publica «Fragmento de un ensayo biográfico sobre Carlos Sumner», en el que la lucha antiesclavista del estadista estadounidense sirve como guía a seguir por «un gran pueblo descarriado de la verdadera senda». Si citas como la anterior reflejan la intención liberal del autor y la mención indirecta de la circunstancia nacional, los comentarios de la revista pueden considerarse más explícitos:

No podía iniciarse la aportación lírica de la República Dominicana a este número con mejor símbolo de alma que con estas páginas de Américo Lugo. Ellas, por sobre el valor en sí del idioma que contienen y su interior acento, constituyen el símbolo de un trabajador ejemplar, como tal vez no puede exhibir la República otro igual, en aquello que significa conducta del hombre por su obra digna y defensa del libre espíritu creador por sobre las circunstancias.

A estas observaciones sobre el hombre ejemplar, defensor del libre espíritu creador, se añadirá después su personalidad de amante de la libertad patria y americana, llegando a considerársele en la República Dominicana lo que Romain Rolland representaba para Francia y Unamuno

²⁶ La cursiva es nuestra. Ambos trabajos aparecieron en el número XVIII (mayo-agosto 1946). Es también en ese número donde se publicó el fragmento de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, que es parte de la serie «Pasado del presente».

para España. Todo, para el buen entendedor, muy preñado de ideología antitrujillista.

Sentido semejante trae después la información sobre su largo silencio, para todos bien conocido, como resultado de un aislamiento voluntario de protesta patriótica:

Es un honor —demasiado grande— para nuestra revista que *el silencio de estos últimos años del gran patricio dominicano* tenga esta voz de ahora en su patria, desde nuestra revista, en estas páginas tuyas (XIII, octubre-diciembre 1944) ²⁷.

Si es evidente la intención de estas manifestaciones y citas en prosa, no sería tampoco difícil hallar alusiones veladas al régimen político imperante en la producción poética de autores como Franklin Mises Burgos, Aída Cartagena Portalatín, Francisco Domínguez Charro, Freddy Gatón Arce y Manuel Valerio, para citar sólo algunos nombres. Ya otros se han referido a este tema en relación con la revista o la poesía de los sorprendidos, y resulta innecesario insistir en ello aquí ²⁸. En realidad, su tratamiento adecuado con respecto a la poesía requeriría un estudio especial.

Para la crítica imparcial resultan, por tanto, infundadas las acusaciones de escapismo lanzadas en varias ocasiones contra la revista ²⁹. El material incluido en el presente trabajo es prueba fehaciente de ese error, especialmente si se considera la imposibilidad de una crítica directa en la República Dominicana de la época. El legítimo ideal estético de independencia y modernidad se acopla así, en *La Poesía Sorprendida*, con la aspiración cívica de dignidad personal. De modo que, al mismo tiempo que se persigue la renovación literaria en la nutricia fuente de raíces culturales y letras internacionales, se condena en el exterior la tiranía que no puede condenarse abiertamente en el país, exaltando tanto la libertad creadora como al intelectual incorruptible. Y todo esto con las armas de la labor literaria y de la alusión.

²⁷ La cursiva es nuestra. Este número conmemora el primer aniversario de la revista e incluye colaboraciones de muchos autores nacionales y extranjeros. De Américo Lugo se publicó también un paralelo de «Poe y Martí» en el número XVIII (mayo-agosto 1946).

²⁸ Véanse Ramón Francisco, *Literatura dominicana* (Santiago: UCMM, 1969), p. 213; Manuel Rueda y Lupo Hernández Rueda, *Antología panorámica*, pp. 126-129, y Apéndice IV de *La Poesía Sorprendida*; Baeza Flores, *Poesía dominicana*, II, particularmente el capítulo XIV, y Lupo Hernández Rueda, *La generación del 48 en la literatura dominicana* (Santiago: UCMM, 1981), pp. 53-54.

²⁹ Véanse los trabajos de Juan José Ayuso, «La nueva literatura dominicana», en suplemento dominical de *El Nacional* de ¡Ahora!, 19 de octubre de 1969, y de Mercedes Santos Moray, «Poesía dominicana del siglo xx», en suplemento cultural de *El Nacional* de ¡Ahora!, 8 de octubre de 1972.